

CONTRA LA FILOSOFÍA DE LA CRUELDAD

Julián Fava

Universidad de Buenos Aires
fava.julian@gmail.com

*Ofrecer un sacrificio sobre el fruto de la iniquidad,
es hacer una ofrenda despreciable.*
Eclesiástico 34, 18

Alguien afirmó cierta vez que hay una suerte de atracción fatal entre la política y la palabra. Desde el mundo clásico de los griegos, el modo de resolución de los conflictos humanos se configuró en torno a las palabras y, más aún, a las palabras con sentido. Y, si profundizamos un poco más, a las palabras con sentido articuladas en eso que llamamos *narración, discurso*.

De este modo, las narraciones —como se ha señalado más de una vez— oficiaron como creadoras de lazos, como mediadoras, no solo entre el ser humano y las cosas; sino fundamentalmente, *entre* los seres humanos. Se puede decir que allí donde se narra, se intenta al menos suturar la herida abierta en toda contienda agonal. Los griegos llamaron a esto *política*: en la búsqueda de la armonía colectiva, el *logos* oficiaba como telón de fondo y como instrumento para la consecución del bien común o de la felicidad.

Desde luego que sin justicia social, es decir, sin una equitativa distribución de bienes materiales, espirituales y morales no podemos hablar ni de bien común ni de felicidad de un pueblo. Entendida desde su aspecto universal, la justicia no es otra cosa que, en palabras de Aristóteles, la *suma de las virtudes morales*. Y ya sabemos que, para el filósofo, la virtud —cual músculo o habilidad con un instrumento musical— crece o se desarrolla con su ejercicio. Es decir: la virtud es un hábito (Aristóteles, 2014).

“Si le das un plato de sopa a una persona que vive en la calle, lo acomodás en la pobreza”, moralizó hace unos meses un alto funcionario porteño.

“Si la gente no llegara a fin de mes, ya se habría muerto”, podría ser uno de los slogans —junto con el déficit cero— de Javier Milei. Uno y otro, tanto el burócrata local como el jefe de Estado nacional, adscriben a una “filosofía de la crueldad” sostenida según la perversa convicción que reza: la desigualdad socioeconómica es el eje dinámico de las sociedades.

La filósofa ruso-norteamericana Ayn Rand y el economista Murray Rothbard (quien despertó de su sueño dogmático al primer presidente liberal-libertario del mundo), han sentado, en buena medida, las bases doctrinarias que justifican este ejercicio de la crueldad que padecemos a diario en nuestro país. Sergio Morresi traduce y sintetiza muy bien el núcleo de estas propuestas:

si el egoísmo es la actitud positiva, el altruismo es el camino seguro al reino del mal. Dado que el valor moral supremo del hombre es vivir su propia vida, todo código moral que imponga deberes, que le pida que viva para cualquier otro valor distinto de él mismo (como el bien público, la ley divina o el progreso de la humanidad), es moralmente reprochable. (Morresi, 2008: 15)

No solo se argumenta así el derecho al egoísmo, sino que, moralización mediante de la política y de sus instrumentos (“el Estado es un perverso fiscal”, es otro de los mantras anarcocapitalistas), comienza a legitimarse un uso de la violencia que culmina en la crueldad. Entonces, combatir al Estado y a toda forma de organización comunitaria será, según esta lógica, una lucha contra los “perversos”, contra los “despilfarradores de recursos”; contra todos aquellos que, por apostar a lo común, representan “el mal”. Y al mal, nos dicen, hay que *extirparlo*. La finalidad no es otra que, enriquecimiento de unos pocos mediante, disolver toda forma de organización comunitaria y negar las memorias de un pueblo para operar así sobre el presente. Esto implica, entre otras cosas, la destrucción de nuestra patria y el retorno a un país colonial, tan injusto como desigual.

Naturalizar estas premisas, blindarnos contra el dolor y, en definitiva, deshumanizar la palabra es quizás el requisito fundamental para trastocar violencia en sumisión. El ajuste y el ejercicio sostenido de la represión, en particular contra personas jubiladas que pasan hambre y ahora también contra las infancias, son las herramientas claves para quebrar definitivamente las defensas y la autoestima de nuestro pueblo. En su *Etimología de las pasiones*, Ivonne Bordelois nos recuerda el origen, en una experiencia física, de la palabra “tristeza”: “El terror produce una parálisis semejante a la que acompaña

a la tristeza: acaso tristeza y terrorismo se vinculan a través del tejido de sus consonantes germinales” (Bordelois, 2006: 154). Esperemos que los resortes de la comunidad organizada, si es que aún sobreviven en nuestra Patria, oficien de motor en el despertar de la política, tan necesaria para comenzar a rehabilitar nuestras vidas. Pero, para que ello ocurra, como decía el general Juan Domingo Perón, en uno de sus editoriales de la revista *Mundo Peronista*: “Primero vivir, después filosofar” (Perón, 2010: 52). Por eso mismo, mejor es que termine esta nota acá.

Bibliografía

- Aristóteles (2014). *Ética a Nicómaco*. Las Cuarenta.
Bordelois, I. (2006). *Etimología de las pasiones*. Del Zorzal.
Morresi, S. (2018). *La nueva derecha argentina: la democracia sin política*. UNGS/BNMM.
Perón, J. D. (2010). *Los editoriales*. Mundo Peronista.